

Carmen Aldunate, la mujer y su mujer máscara

NENA OSSA

De figura tan distinguida como su rostro, sus ojos azules, candorosos o cautos; sonrientes o melancólicos; inteligentes, fulgurantes o esquivos, son el rasgo que acerca o aleja al amigo o al extraño que conoce mucho, o nada, a Carmen Aldunate, la única pintora chilena que se ha introducido sin sentimentalismos de ralea alguna en el alma, en el intrincado yo, de la mujer universal. Y es su sonrisa festiva y acogedora, o displicente y abiertamente irónica, el otro atributo indicador de una personalidad tan variable como su mirada y su risa: conmovedoramente vulnerable o de fierro. Tímida o luchadora. Inquieta, ingeniosa y chispeante, o retraída y recelosa. Indomable o entregada. Femenina siempre.

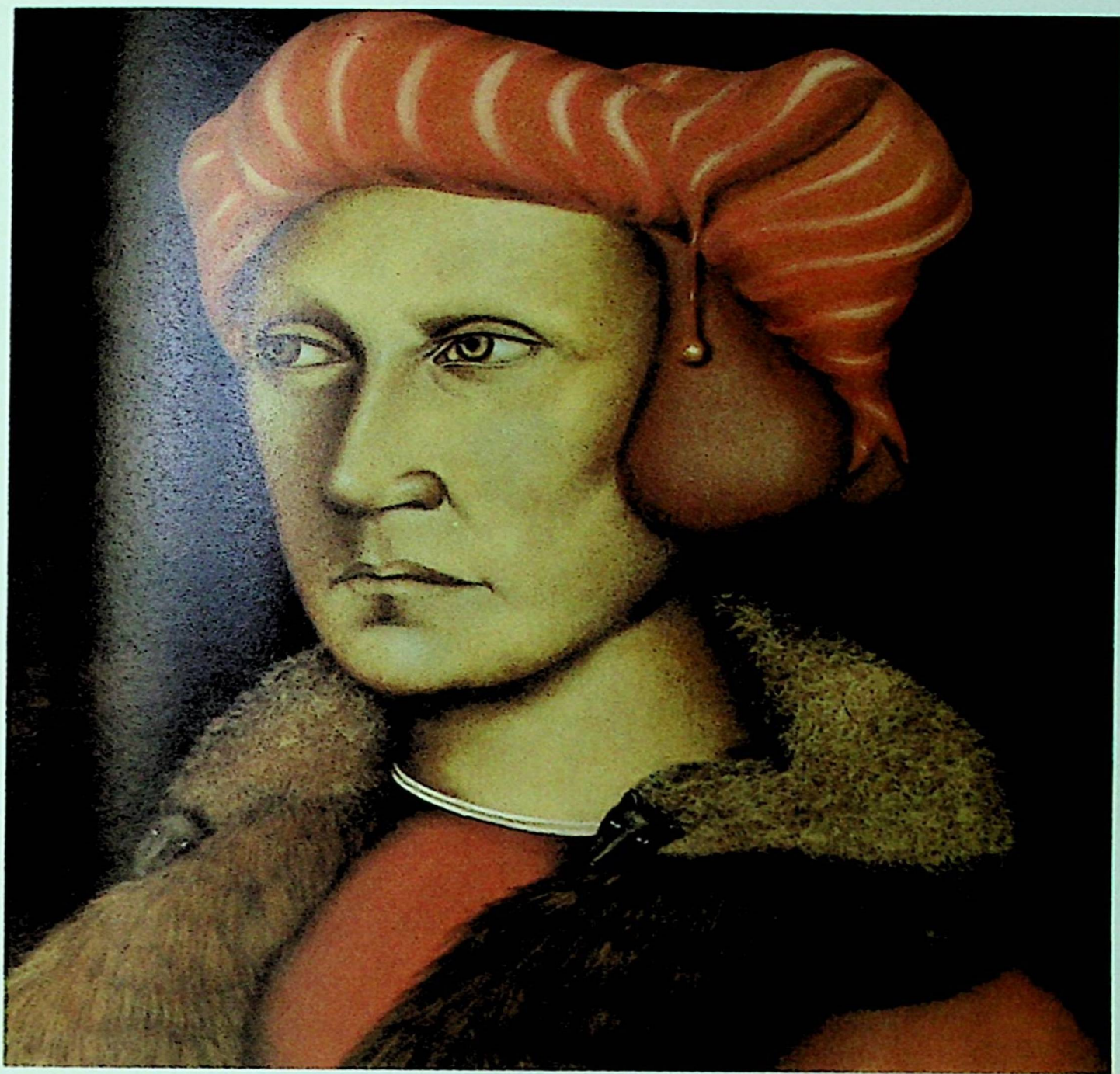
Como artista se la ha inculcado de todo. Vuelan los vocablos: repetitiva, poco original, comercializada, fría, renacentista, medieval, superficial, inmune al devenir actual, a la tendencia conceptual. Todo ello es cierto, y nada de ello es verdad. Ajena a los ritos de la vanguardia, Carmen Aldunate, en la mujer máscara de sus óleos o dibujos, de técnica directa o mixta, se introduce subjetivamente al fondo y arranca de las profundidades más íntimas el meollo que configura las angustias, los anhelos, la dicha, la fe, la serenidad y la desolación de la mujer. De toda mujer. De hoy y de ayer.

Sus pinturas son una confesión, que el detractor no sabe mirar, que el envidioso prefiere criticar, que muchos prefieren no analizar. Viajan insertas en las actualidad, mucho más que temáticas notoriamente contingentes, y cada símbolo o analogía marca represiones y dolores, alguna pasión,

alguna perfidia o todo el amor que abunda y no siempre aflora en el acaecer que forma la vida y los sentimientos de una mujer. ¿En ella? Seguramente sí. Pero también la de la mujer de todos los tiempos, ataviada con vestimentas igualmente de todos los tiempos, que subrayan ataduras internas y, tratándose de cofias, que recalcan el que siglos de posturas en boga, la sentenciaron a no pensar, a guardar sus secretos bajo la careta exterior. Silentes, muchas veces trizadas, muchas otras unidas al mal y al bien, tantas otras desafiantes, cada faz esconde, pero apunta, a esa ansia femenina, esa lucha interior de ser o dejar de ser, recóndita o claramente presente en el cincuenta por ciento de la población.

Dos son por lo general las fisonomías que une Carmen Aldunate: la visible y aquella otra en pugna por romper su quieta máscara y salir a gritar. Se venden esas imágenes. Se venden todas, rápidamente. En Chile, en Nueva York, en Colombia y en Perú. ¿Porque son decorativas? Sí y no. Lo son, pero quien las tiene al frente noche y día comienza o termina por descubrir en ellas un universo pleno de vivencias, de misterios, de una realidad que se escapa, y que es, sin embargo, tan verídica como la mesa, la silla o el florero que adornan el mismo lugar. Y si ese ingrediente, si aquello que en la obra de arte va más allá de la razón, si ese imán no existiese, no asomase, hace muchas lunas que las pinturas y dibujos de Carmen, de asordinada tonalidad, habrían sido olvidadas y olvidados por el poder comprador.

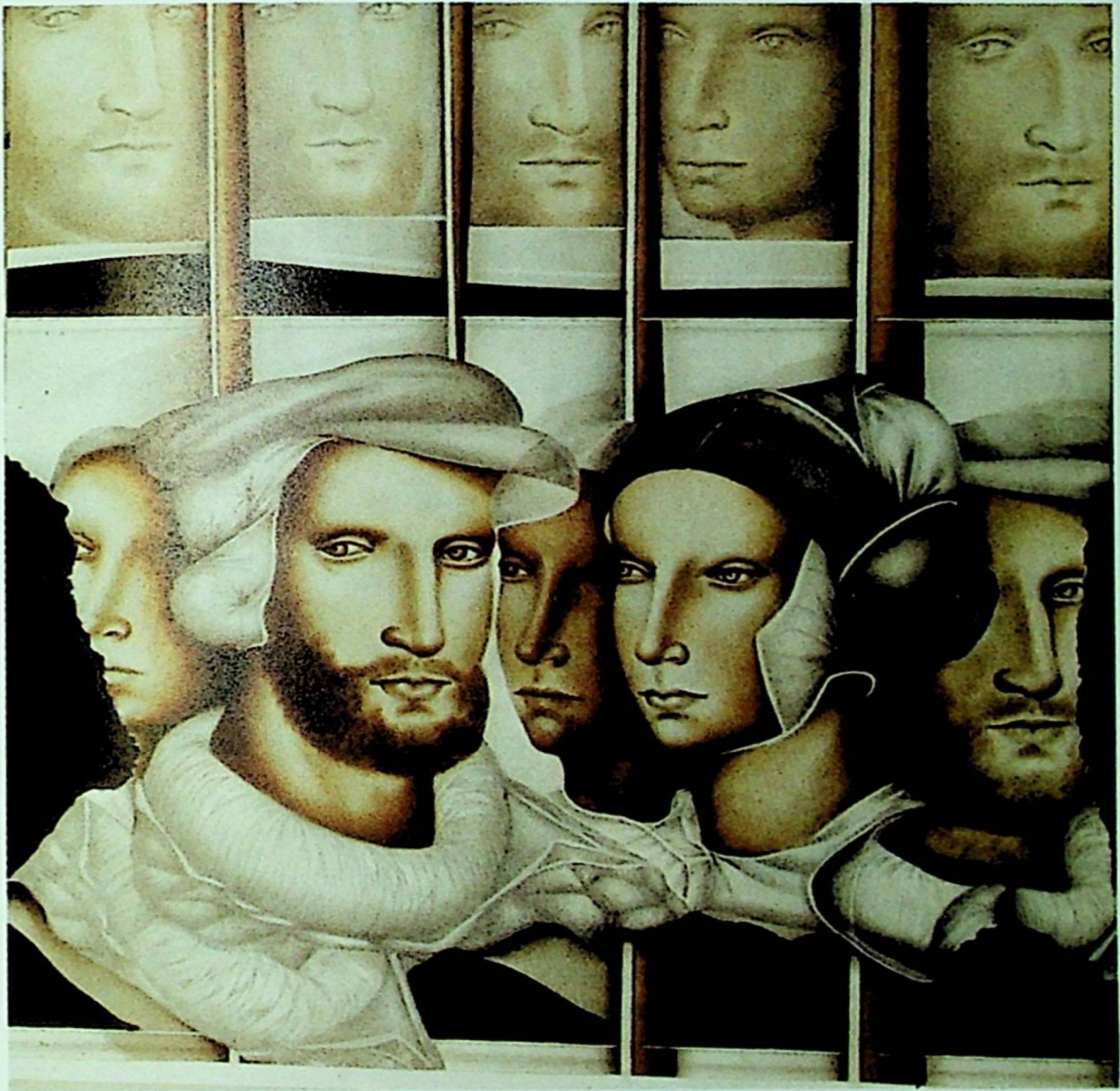
Ella asegura que lo que realiza es lo suyo, sujeto a sus cambios de ánimo, comprometido sólo consigo misma, con sus propias tensiones, con los fantasmas que la acosan interiormente. Y añade que si alguien de alguna manera la influenció, ellos son Piero della Francesca y Lucas Cranach. Al primero es fácil adivinarlo en la suma de rostros Aldunate de los últimos tiempos. En los semblantes, libres o maniatados, agrietados o sedosos, siempre presos de la precisión de la línea, emerge el majestuoso equilibrio y quietud de trazos y planos preeminentes en las figuras de Della Francesca. Luego, al otro lado de la medalla, más travieso, más impúdico y menos aferrado a cánones idealizados, y más literario, que emana de otros escenarios de Carmen, en más de una docena de casos derivan directamente de Cranach. Sin rodeos o recatos, Carmen alegremente ha copiado sus personajes, "robándolos" de esta o esa pintura del renacentista alemán, para situarlos dentro de panoramas actualizados. Ejemplo es el Adán y Eva que pintara para la exposición que sobre el tema coordinó Galería Epoca en 1982. Replantando cada figura, Carmen Aldunate tomó el Adán de un cuadro de Cranach, y la Eva de otro, logrando, indiscutiblemente, que la influencia se desvaneciera para dejar a la vista una pintura por completo



Carmen Aldunate: *Las crueles reminiscencias*. (Oleo sobre papel. 1982).



Carmen Aldunate: *Lápiz*. (1978).



Carmen Aldunate: *Reunión de Familia*. (Oleo sobre papel. 1982).



Carmen Aldunate: *Un atuendo para la ocasión*. (Oleo sobre papel. 1982).

personal. Más sardónica y divertida que sus máscaras, pero también aprisionando a Adán y Eva en ligaduras que les impide desentrañar su ansiedad. ¿Por qué entonces, a veces, la jocosidad? Responde que no tiene idea, que son motivos circunstanciales del momento: "Un poco la defensa chilena del chiste. Cuando te comienzan a suceder cosas que te duelen, te empiezas a reír...".

¿Son, finalmente, autorretratos? El arte, el del artista de categoría, siempre, de alguna manera, lo es. Y Carmen Aldunate, que hace algún tiempo escribiera: "Si pudiera hablar: dibujaría; si pudiera escribir: dibujaría; si pudiera cantar: dibujaría", y quien declaró en la misma ocasión, y reitera hoy, que "siempre he sido obsesiva en cuanto a buscar, registrar, escarbar, en fin, conocer algo lo más a fondo posible", parece ser una de esas escasas y particulares personas que toman tal conciencia de su propio yo que reconocen hasta el más sutil resquicio de su proceder. Ella y sus pinturas evocan a Buñuel. Y basta nombrarlo, para que todo vestigio de conversación templada se torne en un apasionado corolario de las virtudes psicológicas del cineasta; para que la cristalina voz de Carmen, ronca a veces, ligera otras, adquiera la extraordinaria vitalidad que puede tener cuando algo remece la médula de su motor interior. "Buñuel es un monstruo de la gran siete. Es el único que conoce a la mujer. Y la deja tan mal. Me da ira... ¿Por qué puede saber tanto de mí? No existe nadie como Buñuel. Ese es el drama. Nos conoce a la perfección. Lo he perseguido toda la vida. En España me introduje a ver un ciclo de sus películas un día entero. De 12:00 P.M. a 10.00 P.M. Coté, mi marido, no podía creerlo. Buñuel juega con las mujeres de manera espectacular. Creo que sólo una persona que nos conoce muy bien, pero muy bien, puede, como él lo logra, presentar así de nítidos los instintos de la mujer. No veo por qué me descubre cosas tan personales, tan mías. Me molesta mucho...".

¿Cuáles son esos aspectos tan personales? Asoman y los delata en su casa, ni enorme ni pequeña, donde cada objeto posee una significación; donde los dibujos, pinturas y grabados que abarrotan los muros de su living-comedor nacieron de su lápiz o pincel o del de algún amigo querido; donde cada uno de los cientos de fotografías, que no perdonan milímetro de los muros de su taller, representan momentos que marcaron su vida. Ahí están sus padres, su marido, sus dos hijas, sus amistades, las fiestas, el almuerzo aquel. Gente, siempre gente. El paisaje, la naturaleza, sólo limitadamente. "Me gusta la ciudad", declara enfática y apasionada. Y pregunta: "¿Dónde irías tú, cuál lugar elegirías si te dieran la oportunidad de elegir?". Yo a Nueva York, que se me está transformando en monotema. Siempre Nueva York entrega algo nuevo, siempre encuentro algo. Creo que

es una ciudad tan neurótica, tan apurada como lo soy yo. Ahí te metes de inmediato, en cinco segundos, en ese ciclón que es. Y de una semana a otra, de un día a otro, es otro Nueva York. Agitante, maravilloso. Europa la puedes caminar, puedes sentarte a tomar café. Es otro ritmo. Prefiero el nerviosismo de Nueva York. Cosa rara, son los lugares pacíficos los que me ponen nerviosa. Me gusta el ruido de los buses, me gustan sus chirridos. ¿Has escuchado los silencios, sordos, pesados? Me sucede en Zapallar. Voy un mes en verano y no puede dormir”.

Sin embargo, no titubea en establecer que, respecto a viajes ¡ya basta! “Me está cansando salir. Para mí el non plus ultra es pintar aquí en mi casa, con las niñas en la casa, con Coté en la casa. Una vida tranquila. Incluso cuando llevo mucho tiempo sin pintar, me pongo mucho más neurótica. Estuve recién en Colombia, siete días. Debí estar más, pero me vine, me arranqué. Necesitaba urgentemente mi hueco. Lo hice todo pésimo. Soy muy mala relacionadora pública. Soy muy neurótica, mal genio... pero no rencorosa. Me ha tocado un privilegio muy grande. La paciencia de Coté, que es infinita. La libertad que me ha dado... tal vez porque sabe que si me niega algo, lo hago de todas maneras. Coté es una roca a la que me siento muy amarrada. No se sale nunca de su tranco. Sin él yo habría sido un desastre, dando tumbos por el mundo”. Sabe Carmen, no obstante, que roca es ella también. “A mí me da risa cuando la gente cree que andamos permanentemente por El Bosco, todos manchados de pintura, viviendo una vida loca. ¡Mentira! Si la vida del pintor es muy solitaria. Muy en serio”.

Y así, en su silencio ruidoso y su soledad acompañada, rodeada del hogar que adora, encerrada en sí misma o abierta hacia sus amigos, que casi sin excepción son pintores (“presénteme a alguien nuevo y no es lo mismo...”), en el mes de mayo de 1983 Carmen terminó un ciclo. O siente que el último llegó a su fin. Luego de dedicarse por completo al motivo de su viaje, la exhibición de 35 dibujos suyos que inauguró el 25 de abril en el Museo de Arte Moderno La Tertulia, de Cali, al volver dilucida que una exposición de ese calibre la deja vacía. “Como que hay que empezar de nuevo. Prometí mandar otros dibujos a Bogotá, y no me salen. Tengo además dos proposiciones más: para Perú y para Quito. No sé...”.

¿Hacia dónde va? Tampoco lo sabe. Pero quizás algo indique su última etapa, la de Colombia. Por primera vez brota el color con cierta violencia, arrebatado que ella describe como fuerte, estridente, por supuesto que agregando “su no sé por qué...”. Y casi por primera vez también surge el hombre. Hombres con tenida equívoca, y esbozos de algún cordel que encarna la persistente amarra. Nuevamente no sabe por qué. Son todos

andrógenos. No muy mujer, ni muy hombre. Un poquito híbridos. Excepto en los que retrató a Coté.

Lo cierto es que se materialice a Carmen Aldunate tomando como punto de partida su conversación; o se la analice por los rostros de mujer encadenados a la tela, la madera o el papel, y ahora los de hombre; o se indague el sutil matiz de los cambios de su proceso pictórico, que conforman 21 años de exhibiciones, colectivas o individuales, en Chile, en EE.UU., Francia, España, Brasil, Colombia, Argentina, Uruguay y Perú, no se puede sino decir con admiración que Carmen ha sabido, con innegable dedicación y honradez, equilibrar su vida con tanta severidad como la que ha aplicado a un arte que, lejos de ser repetitivo, ha sido sometido a la imaginación y percepción de una artista de verdad. Ejemplo claro del vuelo de su fantasía son las pinturas sobre masisa enchapada en las que aprovechó cada sinuosidad de todas y cada una de las vetas, texturando con ellas planos en sepia que cambian por completo al personaje y su reposada agitación. No así el complejo fondo de cada alma, para Carmen tan imposible de abandonar.